



*Dalí y el autor del artículo
en la Rambla de Figueras*
FOTO MELI

EL MUSEO DALÍ, NO FUE FÁCIL

por R. GUARDIOLA ROVIRA

En varias ocasiones Salvador Dalí me ha manifestado su deseo de que escriba la historia del Museo Dalí. En el último otoño, poco antes de partir para París, me confió nuevamente, lo que iba demorando.

Al tener que hacer un poco de historia del Museo, debo decir que todo empezó en mayo de 1961. Llevaba unos meses en la Alcaldía cuando regresó de América, Salvador Dalí. Tenía conciencia de que Figueras no podía enseñar ninguna obra de Dalí, y que era muy importante convencerle de que en el Museo del Ampurdán, hubiera una sala Dalí. Pedírsele me producía temor, porque Dalí — según fama general — no regalaba nada, y se autodefinía diciendo que Dalí era el anagrama de «ávido de dólares», en versión inglesa. También era cre-

encia general que su esposa Gala colaboraba de forma total en la buena administración de su genial esposo.

Pero he aquí que nuestra sorpresa no tuvo límites. Amparados por la amistad le hicimos la pregunta, y la respuesta de Dalí fue categórica: — **No una Sala, sino un Museo Dalí en Figueras.**

¿Gracias a quienes se puso en marcha todo esto? Estos nombres no pueden olvidarse, porque colaboraron con gran fe cuando nadie creía en la realidad del Museo, y se adquiría un compromiso con una postura incómoda como si fuéramos unos ilusos.

La ciudad no estará nunca bastante agradecida a Salvador Dalí. Al dar cuenta de los deseos de Dalí se constituyó una Comisión para preparar el programa daliniano, para la jornada oficial de proclamación de la idea y del compromiso.

La jornada de homenaje a Salvador Dalí, a celebrar en el mes de agosto de 1961, consistía en hacer realidad las ideas que el propio artista exponía: Corrida de toros, visita a las ruinas del Teatro Municipal y plantación de una higuera en el centro del patio de butacas. Después todo esto se completó con la recepción de Vilasaca, la concentración de gigantes, la lápida en la casa en donde nació Salvador Dalí, la concesión y entrega a Dalí de la Hoja de Higuera de la ciudad, el castillo de fuegos artificiales y la cena homenaje en el patio del Instituto.

Los alegres y multitudinarios actos de homenaje constituyeron la toma de contacto de Dalí con su ciudad para prometer y tratar de la construcción del Museo.

El pasado otoño fue a manos de Dalí una fotografía de Meli con el grupo inicial que le visitaba en Port-Lligat. El pintor recordó con interés la fotografía y decía que debía publicarse.

Por eso al tratar de los primeros figuerenses que se entusiasmaron con la idea y trabajaron en pro del Museo Dalí, es de justicia recordar los nombres de Melitón Casals Casas, Mario Gelart (padre e hijo, que con gran esfuerzo organizaron la corrida de toros) de los malogrados Salvador Vilarrasa Sicra, Eleuterio Serra Genís, Ramón Reig Corominas, Carles Fages de Climent y Juan Cotcho, ya desaparecidos, y Juan Juncá Hors (que actuó de Secretario de la Comisión), Juan Sutrà Viñas, Joaquín Crumols Toralles, Pedro Batlle Roca, Juan Viñas, y alguno más que lamento no recordar en el momento de redactar estas líneas.

La opinión pública de que Dalí intentaba mofarnos, de que no traería ninguna obra original, y de que todo era una farsa, desde entonces y durante años, se oyeron por doquier, y buena parte de la prensa participaba en una campaña demoleadora.



Trece años fueron necesarios para que Dalí pudiera alumbrar el poster inaugural. Las gestiones se llevaron más tiempo que las obras

FOTO ALVERO

Aún en el mismo día de la inauguración del Museo Dalí, en el pasado mes de septiembre de 1974, cuando faltaban escasos minutos para la llegada de los ministros, y el comienzo de los actos, mientras esperábamos en la puerta del Ayuntamiento de Figueras, una autoridad académica me decía, muy segura, que en el Museo, obra original de Dalí no había ninguna. Y no admitía mis explicaciones y mis seguridades.

La historia de estos 13 años de lucha para hacer realidad el Museo Dalí sería muy sabrosa, aunque no es posible incluirla en este sólo artículo. Todavía en el mes de mayo último, en el despacho de la primera autoridad de la provincia, tenía que esforzarme para convencerla de que Dalí tenía obra para aportar. Por ello no es de extrañar que una de las personas que ahora cuidan y miman el Museo Dalí, y que está entusiasmado reconociendo el éxito, diga humildemente que por él el Museo Dalí no se

hubiera hecho, porque no creía en Dalí, aunque ahora reconoce que ha sido un gran acierto.

Primero fue la idea. Dalí habló de su Museo y se dispuso a llevarlo adelante, encontrando muchas dificultades. El primer mérito de Salvador Dalí al realizar el Museo en su provincia y en la ciudad de Figueras, es haberlo logrado con verdadera y auténtica constancia, porque las dificultades fueron múltiples y las sonrisas y la incompreensión casi general. El ambiente le era hostil, creyendo que sólo hablaba, pero que no cumpliría.



*Dalí y Guardiola,
doce años de colaboración*
FOTO ALVERO

Es un tanto curioso que cuando Salvador Dalí me ha dicho y repetido que escriba la historia del Museo Dalí, haya indicado que lo haga empezando por los olivos. Si siempre he procurado complacer a Dalí y trabajar según sus instrucciones, tampoco ahora desoiré su deseo. Son muchas las veces que no le comprendo, porque Dalí es una persona tan fuera de lo común que me siento acomplejado delante de él. Sus opiniones, sus reacciones, sus comentarios demuestran su polifacetismo, porque entiende de doctrinas y domina conocimientos que son completamente distintos al mundo de la pintura y del arte, sean los científicos, filosóficos, políticos o monográficos. De golpe, en la conversación interpela al que parecía docto, y le habla de muchas cosas, como la acupuntura, las teorías de Pujols, últimos descubrimientos en el campo de la química, ya que siendo hombre de lectura es de gran inteligencia y de memoria fabulosa, que no mengua con la edad.

No puedo dejar de hablar de los olivos. Y ¿por qué desea que este sea el comienzo? No creo que sea simplemente porque en el año de 1956, se intimara nuestra relación con ocasión de las grandes heladas que mataron los olivos. Puede, bien seguro, que haya alguna otra razón, que también intentaré aclarar.

Por el año 1953, le había hecho un reportaje a Salvador Dalí, entonces tanto o más combatido que ahora, cuyo trabajo titulé: «Tenemos Dalí para rato». Lo publicó la revista figuerense «Canigó», a cuya redacción pertenecía junto con Manuel Brunet, Rafael Torrent, Ramón Reig, Eduardo Rodeja, Juan Guillamet, Vicente Burgas y nuestro director Javier Dalfó.

El artículo era una profesión de fe en la obra y las posibilidades de Dalí, y mi admiración porque atrae la atención mundial. Han pasado muchos años. Entonces mis relaciones con Dalí eran las de un conocido, más o menos entrante, pero nada más.

En 1956 — el día de la Virgen de la Candelaria — hizo un frío que todos recordamos. La helada fue desusada en este país. Murieron muchas plantas, empezando por las palmeras que en toda la comarca murieron a granel. El jardín del Palacio de Peralada daba pena. Enormes eucaliptus, que tantos años habían superado, se abatieron por el frío de febrero de 1956.

El jardín y la propiedad de la casa de Dalí en Port-Lligat, sólo está poblada de olivos. Olivos y un enebro que fue pieza de prueba en un pleito del vecino contra Dalí. El paisaje de Port-Lligat sólo con olivos, viene a confirmar las muchas conversaciones que hemos sostenido de si la Costa griega y la costa romana, de si la costa del pino y la costa del clivo, y tantos motivos de distinción como el habla, la cocina, el pescado y el paisaje.

En el dicho 1956, a consecuencia del frío en todas partes cortaban los olivos a ras de suelo. Ello impresionó mucho a Dalí. Quizás sea esta la impresión que todavía motiva que me diga que cuando empiece las historias del Museo — que él desea — lo haga con el tema de los olivos y los «papus».

Los «papus» fueron la esperanza de Dalí. Entre el desolado paisaje por la ausencia de los olivos, Dalí se paseaba pacientemente presintiendo la resurrección de los olivos. Su esperanza no se debilitaba. Me pidió que me preocupara. El historiador Eduardo Rodeja, cronista oficial de la ciudad de Figueras, y hombre procedente del campo y propietario en Vilanant, facilitó una fórmula para cuidarlos. Se trataba de una mezcla de dos productos químicos para depositarlos en un surco que debía abrirse circularmente alrededor del árbol y a un metro de distancia. Dalí lo hizo con la paciencia y el cuidado con que hace todas las cosas.



Agosto 1961. Figuerenses que trabajaron para lograr el Museo Dalí. Evocadora foto que da testimonio de unos pioneros. Aquí empezó todo

FOTO MELI

Continuaba observando los olivos y por el mes de junio, observó, mirando con lupa, la presencia de unos pequeños insectos en la parte cortada del tronco. Le hizo presumir que por allí el árbol tenía vida. En una cajita recogió algunos de estos insectos. Eran como «marietes». Y con la caja a punto, tuve que pedir urgentemente visita al Jefe de la Jefatura Agronómica de Gerona, a donde llegamos sobre las tres y media de la tarde en día de fuerte calor. Al abrir la caja los insectos se desparramaban y no sacamos ninguna conclusión contundentemente afirmativa.

Todo ello sirvió para estar en contacto e intimar más con Dalí. ¿Es por este recuerdo de amistad e intimidad, que luego nos permitiría comprometernos con el Museo Dalí, el porqué quiere que empiece el recuerdo sobre el museo tratando de los olivos? Dalí dice que todo empieza en 1956, con los insectos (él dice «papus» y la enfermedad de los olivos).

Los olivos superaron aquella crisis que les puso en estado agónico, salieron tiernos brotes, que Dalí cuidó con esmero, y hoy el olivar vuelve a existir, continuando su presencia en aquel paisaje mineral y apacible de Port-Lligat.

Junto al recuerdo de la colaboración por los olivos, ¿será que Dalí desea que yo tenga

la esperanza del renacimiento en cuanto a mis ideas sobre el Museo, y a la superación de mi apartamento?

Dalí es un hombre al que gusta la rutina. No moverse de los mismos ambientes. Repite los mismos hoteles, las mismas suites, con los mismos muebles, y repetiría hasta las mismas moscas. También esta anécdota de los olivos refleja su afecto a que nunca cambian las cosas.

Sea símbolo, sea arraigo del Museo, sea su interés por los olivos que tanto influyen su paisaje; sea porque los olivos aíslan su casa y le distancian del cementerio, con el que lindan, poetizando un paisaje que podría ser desolador, o porque le producen en Port-Lligat la misma Paz de la que son símbolo universal, o porque lo presintiera durmiendo, que es una de las maneras que evidentemente produce ideas en Salvador Dalí. Lo cierto es que quería empezar por los olivos, y así también lo es que los olivos han influido en su obra.

Dalí se acuerda del peligro que envolvió a los olivos, porque quien está tan enamorado del paisaje de Port-Lligat, y lo ha exaltado como el más impresionante del mundo, evoca los tristes días pasados con el paisaje yermo y desnudo de la vetustez y del elemento característico de la finca de Port-Lligat; el olivo.



FOTO FONISERÉ

El olivo que ha sido recogido por él, también ha influido en el sentimiento de Salvador Dalí. A su esposa, a Gala que tanto reconoce y exalta, se le dirige tiernamente y la acaricia con el nombre de «oliveta». Y era García Lorca que se refería al pintor con aquella estrofa «¡Oh Salvador Dalí, de voz aceitunada», que no deja de enmarcarlo en el área botánica propia de Port-Lligat, en donde Federico García Lorca había pasado horas inolvidables. Y Dalí ha pintado a Gala creándole una cabellera que se convierte en frondoso olivar, lo cual es testigo de su ilusión y preferencia por el olivo.

Pero el tema no es el olivo, es el Museo.

Cuando el 1961, regresó Dalí a Port-Lligat, como en él era habitual, yo era alcalde de Figueras. Meli enseguida vino a recordarme que debía hablar del Museo. Dalí recibió bien la

idea. Eligió el Teatro Municipal destruido por un incendio al final de la guerra civil española. Y enseguida hizo su composición para la declaración del Museo Dalí futuro: Corrida de toros y acto en el derruido edificio municipal.

De aquí al mes de septiembre de 1974, va toda la historia de ideas, documentos, gestiones, promesas, hasta la subasta de las obras, y su realización por la Dirección General de Arquitectura del Ministerio de la Vivienda. Hasta que se celebró la adjudicación de la segunda, y necesaria subasta, no podía irme de la Alcaldía. En cuanto todo estaba arreglado para que las obras se terminaran, independientemente de la persona que me sustituyera, pude pedir el relevo con tranquilidad, no sin tener que vencer la resistencia de Dalí que fue importante.